

En memoria de nuestros mártires españoles

Beatificación de 42 miembros de la Familia Vicenciana

Tarragona, 13 de octubre de 2013

Franco Teodoro Barquín, C.M.

El secretario general de la Conferencia Episcopal Española, unos días antes de la celebración de la beatificación de 522 mártires de la fe, describía este día como uno de los días más gloriosos en la historia de la Iglesia Española. La ceremonia de la Eucaristía, que se celebró al aire libre en el Complejo Educativo de la Ciudad Tarraconense, estuvo presidida por el Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, Ángelo Amato, en representación del Papa Francisco. Le acompañaron 104 Obispos, entre ellos, el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Cardenal Antonio María Rouco Varela, y el arzobispo de Tarragona, Jaime Pujol.

En la asistencia multitudinaria se encontraban 1.386 sacerdotes, 2.200 religiosos y miles de familiares de los mártires. El cálculo aproximado de asistentes a esta celebración martirial es de 25.000 personas. Este acto histórico se considerará para la posteridad como la Iglesia viviente de una proclamación de fe, valiente, sincera de los que murieron en su defensa en las guerras de los años treinta. Aquí tiene aplicación palpable el dicho de Juan Pablo II cuando dijo al final del segundo milenio *“la Iglesia ha vuelto a ser Iglesia de mártires”*.

Tertuliano (155-222) habla del siglo III como el Siglo de los Mártires. Multitud de personas murieron en los tres primeros siglos por su fe religiosa y en muchos casos asesinados por sus convicciones religiosas. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, ha habido más mártires cristianos que en el conjunto de los diecinueve siglos anteriores. El Cardenal Ángelo Amato, enviado especial del Santo Padre, describió la realidad de la celebración con una homilía en estilo cortado y frases lapidarias que perdurarán en los anales de este evento para la historia. “Estos hermanos y hermanas”, apuntaba en su homilía:

“No fueron caídos de las Guerra Civil, sino víctimas de una radical persecución religiosa, que proponía el exterminio programado de la Iglesia. No eran combatientes ni tenían armas, no se encontraban en el frente ni apoyaban a ningún partido, no eran provocadores,

sino eran hombres y mujeres pacíficos. Fueron matados por odio a la fe, sólo porque eran católicos”.

A continuación, con el fin de intensificar la gravedad de la persecución religiosa de aquellos años añadió que “España fue envuelta en la tiniebla diabólica de una ideología, que anuló a millares y millares de ciudadanos pacíficos, cerrando conventos y escuelas católicas, y destruyendo parte de su precioso patrimonio artístico”. Explicó cómo, “a la atrocidad de los perseguidores, no respondieron con la rebelión o con las armas, sino con la mansedumbre de los fuertes, ya que no odiaban a nadie, amaban a todos, hacían el bien a las multitudes”. El Cardenal destacó la respuesta valiente muy unánime de los nuevos beatos, que no se avergonzaron del Evangelio y permanecieron fieles a Cristo.

“La celebración de hoy – dijo – quiere una vez más gritar fuertemente al mundo, que la humanidad necesita paz, fraternidad, concordia. Nada puede justificar la guerra, el odio fratricida, la muerte del prójimo. Con su caridad, los mártires se opusieron al furor del mal, como un potente muro se opone a la violencia monstruosa de un tsunami. Con su mansedumbre, los mártires desactivaron las armas mundiales de los tiranos y de los verdugos, venciendo al mal con el bien. Ellos son los profetas siempre actuales de la paz en la tierra”.

Por todo lo expuesto arriba, los 522 beatificados en Tarragona el día 13 de octubre se consideran fruto de los disturbios sociales y políticos de aquella época en España, pero de ninguna manera se les debe llamar “mártires de la guerra civil”. La guerra civil es el contexto sociopolítico en que se produce la muerte de la mayoría, pero ellos son víctimas, no de una guerra civil, sino de una persecución religiosa, que son dos conceptos totalmente distintos. Los mataron *in odium fidei*, por odio a la fe católica.

Razón de la selección del lugar y de la fecha para la beatificación

La Conferencia Episcopal, para la elección de la fecha, tuvo muy en cuenta las palabras del Papa Benedicto XVI, cuando precisamente al convocar el Año de la Fe, señaló que “por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón a sus perseguidores” (*Porta Fidei*, #13). La “Causa de Dios” les exigía no anteponer nada, ni siquiera su vida, al amor de Dios. Esta es una de las más eficaces deslegitimaciones de las ideologías ateas.

La beatificación de estos 522 mártires lleva consigo una significación especial para la sociedad y para la Iglesia en este año de la fe. El testimonio de los mártires contiene en si un signo de esperanza. Es el signo de esperanza que se cifra en un nuevo estímulo para renovar la

vida cristiana. Al mismo tiempo, este signo lleva consigo la fuerza testimonial de los mártires que conlleva un referente de vida cristiana y una vocación firme como respuesta de fidelidad a Jesucristo. El ejemplo de los mártires arrastra con fuerza y nos anima a seguir a Jesús. Ya lo dijo Tertuliano en el siglo III con la frase lapidaria: *Sanguis martyrum, semen est christianorum*, la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

Para los que desconocen la historia de la Iglesia de Tarragona, resulta algo extraño la elección de la Diócesis de Tarragona como la sede de la celebración de la beatificación. Sin embargo, la historia de la Iglesia nos dice que Tarragona posee una gran tradición martirial, que se remonta a los primeros siglos del cristianismo. Son varios los hechos históricos que confirman esa realidad: Fue San Pablo, quien después de haber sido esta ciudad una de sus atalayas evangélicas en la difusión de la Buena Nueva, confirmó su fe con el martirio en Roma. Fueron también mártires los santos protectores de la ciudad Sta. Tecla y Magin, y mártires fueron los santos Mártires Fructuoso obispo y San Augurio y San Eulogio, diáconos, que abren y marcan la tradición local. A todo esto hay que añadir que una tercera parte de los nuevos beatos pertenece a la Causa de Tarragona, en total 147 mártires, entre ellos el obispo auxiliar Manuel Borrás y 66 sacerdotes diocesanos.

Se ha tenido también en consideración para la elección de esta ciudad el importantísimo patrimonio monumental por lo que Tarragona ha sido declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. Todo ello ha contribuido a la distinción y elección de Tarragona para sede de la Beatificación más numerosa de la historia de la Iglesia Española. Todo el entorno histórico y tradicional de la celebración iba impregnado de lo acaecido en esta ciudad a través de su historia. Aquellos testimonios de fe de aquellos primeros mártires españoles que abrieron y marcaron en Tarragona la tradición local en los primeros siglos de la Iglesia así como el número tan elevado de mártires pertenecientes a la Causa de Tarragona llevaron a los obispos a elegir esta provincia como sede de esta macro beatificación.

¿Por qué la denominación de Mártires del Siglo XX?

Numerosos escritores del tema sostienen que cuando a las víctimas, en este caso, se las llama “mártires de la guerra civil”, se están manipulando los términos. El metropolitano ortodoxo de San Petersburgo, Benjamín, escribió la víspera de su ejecución, en 1922: “Los tiempos han cambiado y ha surgido la posibilidad de padecer sufrimientos por amor a Cristo”. El periodista José Francisco Serrano Oceja, recoge el dicho de Benjamín, para asegurar que la persecución religiosa en la España del siglo XX nos permite abrir el angular para no reducir ese

fenómeno a la sola idiosincrasia patria. Este mismo periodista lo explica con el siguiente comentario:

“España fue víctima de los ideólogos de las revoluciones ateas. Aunque los autores materiales de la matanza pensaban que lo hacían porque sus víctimas eran enemigos de la revolución, el diseño estaba trazado desde otras instancias. Apuntaba al exterminio de la Iglesia y a la aniquilación de la dimensión religiosa de la existencia... Los mártires de la fe no combatieron en el frente, ni cayeron víctimas de la represión política. Padecieron por el odio a la fe. El beato Juan Pablo II definió a los mártires del siglo XX como ‘la gran causa de Dios’. No antepusieron nada, ni siquiera su vida, al amor de Dios. Esa fue una de las más eficaces deslegitimaciones de las ideologías ateas que inocularon el virus de la omnipotencia de la voluntad del hombre”.

La persecución religiosa de los años treinta del siglo XX, no fue una represalia contra el apoyo de la Iglesia al bando nacional de la Guerra Civil, ni se debió a causas socioeconómicas, ni al vicio y pecado del clero, que alguno tendría. La razón principal fue la depuración religiosa de la sociedad instigada por el “**odium fidei**”, por el odio de la fe.

El entorno histórico de la persecución religiosa está vinculado a la II República española del 1934 y al primer año de la guerra civil, 1936, años en que se desató una persecución religiosa sin precedentes en la historia de España, persecución que sólo encuentra su paralelo en la persecuciones durante el Imperio Romano. En un artículo “Abajo la Iglesia” de la Solidaridad Obrera de 1936 se expone claramente la intención del gobierno revolucionario:

“La Iglesia ha de desaparecer para siempre. Los templos no servirán más para favorecer a las alcahueterías más inmundas. Hay que arrancar la Iglesia de cuajo. Para ello es preciso que nos apoderemos de todos sus bienes que por justicia pertenecen al pueblo. Las órdenes religiosas han de ser disueltas. Los obispos y cardenales han de ser fusilados. Y los bienes eclesiásticos han de ser expropiados”.

La Familia Vicenciana, rama muy solicitada en la depuración religiosa de la persecución

Pío XI, que vivió la guerra civil española, citaba el 19 de marzo de 1937, en la encíclica *Divini Redemptoris*, como característica peculiar de la depuración religiosa en España, buscar, perseguir y borrar de la vida social aquellas congregaciones religiosas que trabajaban con mayor celo y ahinco con los pobres, enfermos y abandonados. Este es precisamente el campo de acción del carisma de la familia de San Vicente, Los Padres evangelizando a los pobres del campo con las

misiones rurales y educando a los más abandonados de la sociedad. Las Hijas de la Caridad, Congregación femenina la más numerosa, con 9.000 Hijas de Caridad esparcidas por toda la península derrochando caridad y amor por los pobres en los barrios, en los hospitales, en los orfanatos, con tres campos fundamentales de acción: educación, sanidad y las obras sociales.

Los directivos de las Instituciones de Beneficencia pública empezaron por echar a las Hermanas, con el fin de despojar la sanidad, educación y los ámbitos de los servicios sociales de toda influencia cristiana. La dirección de estas Instituciones de Beneficencia no encontraban enfermeras republicanas que las quisieran sustituir. Aquellas mujeres inválidas y totalmente dependientes, necesitaban la dedicación y los cuidados continuos que sólo la caridad cristiana es capaz de ofrecer. Los Hijos e Hijas de San Vicente se movían por los principios del carisma que su fundador les dejó y que podemos resumirlos en el siguiente esquema de sus motivaciones: *su pasión: Jesucristo; su inspiración: el Evangelio; sus predilectos: los Pobres; su camino: la Oración; su estilo: la sencillez, la humildad, y la caridad; su familia: la Congregación de la Misión y la Compañía de las Hijas de la Caridad*. Todo esto, meollo del Evangelio, llegó a ser uno de los blancos selectos de todos los ataques de la persecución. La depuración religiosa exigida por la legislación emanada de la Constitución de 1931 animaba a los perseguidores a acabar con todo lo religioso. Los miembros de la Familia Vicenciana, como muchas otras personas, fueron buscados, maltratados, y finalmente llevados al paredón de la muerte.

Sor Ángeles Infante y Sor Lucrecia Díez nos dan una relación detallada del lugar del martirio de las 27 Hijas de la Caridad y la laica, Dolores Broseta Bonet y del ministerio de la comunidad a la que pertenecían. En frases lapidarias, nos da una descripción muy resumida del carácter y de los valores humanos de cada una. A continuación el P. Antonino Orcajo hace lo mismo con los Misioneros.

Mártires de Leganés (Madrid) – Puerta de Hierro de Madrid
Fecha Martirio: 12 de agosto de 1936

Sor Melchora Adoración Cortés Bueno Edad: 42 años

Nació en Sos del Rey Católico (Zaragoza). Irradió la luz del saber y de la Fe en varios colegios, el último en Leganés.

Sor María Severina Díaz-Pardo Gauna Edad: 41 años

Nació en Vitoria. Contagió su alegría por su acogida y la enseñanza de la Música en Leganés.

Sor María Dolores Barroso Villaseñor Edad: 40 años

Nació en Bonares (Huelva). Destacó por su generosidad y entrega con los ancianos y enfermos mentales de Leganés.

Mártires del Colegio de Bétera (Valencia) – Paterna

Fecha Martirio: 9 de diciembre de 1936

- Sor Josefa Laborra Goyeneche** Edad: 72 años
Nació en Sangüesa (Navarra). Alentó la fidelidad de las Hermanas en su vida y su muerte pidiendo morir la última.
- Sor Carmen Rodríguez Banazal** Edad: 59 años
Nació en San Cristovo de Cea (Orense). Tras diversos destinos, dejó huella de bondad con los niños del Asilo de Bétera.
- Sor Estefanía Irisarri Irigaray** Edad: 58 años
Nació en Peralta (Navarra). Fue apóstol entre los niños párvulos y sirvienta de sus familias en epidemias y enfermedades.
- Sor Pilar Nalda Franco** Edad: 65 años
Nació en Algodonales (Cádiz). Maestra ejemplar, fue testigo de alegría y bondad con los niños del coro.
- Sor Isidora Izquierdo García** Edad: 51 años
Nació en Páramo del Arroyo (Burgos). Fiel a su vocación, irradió la bondad de Jesucristo entre los niños de Bétera.
- Dolores Broseta Bonet** Edad: 44 años
Nació en Bétera (Valencia). Apóstol de la Medalla Milagrosa llegó al martirio por ayudar a las Hermanas de Bétera.

MISIONEROS PAÚLES MÁRTIRES

Comunidad de Guadalajara

- P. Ireneo Rodríguez González** Edad: 57 años
Nació en Los Balbases (Burgos) el 10 de febrero de 1879. Es ordenado sacerdote el 1 de noviembre de 1903. Inmediatamente es enviado a los seminarios de filipinas; pasa también unos años en Cuba y, finalmente, es destinado a Guadalajara (España) en 1931. El 6 de diciembre de 1936 era cruelmente asesinado.
- P. Gregorio Cermeño Barceló** Edad: 62 años
Nació en Zaragoza en mayo de 1874. Es trasladado a Madrid hacia 1882 e ingresado en el Asilo de Jesús para niños pobres. Recibe la ordenación sacerdotal el 8 de septiembre de 1899. Siendo ya presbítero, es enviado al seminario de Porto Alegre (Brasil), donde permanece dos años. Es enviado a Guadalajara en 1929. Fusilado el 6 de diciembre de 1936, da testimonio de fe y amor a Cristo
- P. Vicente Vilumbrales Fuente** Edad: 27 años
Nació en Reinoso de Bureba (Burgos) el 5 de abril de 1909. A la muerte de su madre, en septiembre de 1921, y tras una misión pre-

dicada por los misioneros paúles, Gregorio ingresa en la Congregación de San Vicente de Paúl. Ordenado sacerdote el 9 de septiembre de 1934, es enviado a Guadalajara en febrero de 1936. El 6 de diciembre de 1936, es reducido a cenizas, tras haber dado testimonio de fe firme y luminosa.

Hno. Narciso Pascual Pascual Edad: 19 años

Nació en Sarreus de Tioira (Orense). Entra en la Congregación como hermano el 26 de noviembre de 1933. Emite los votos el 27 de noviembre de 1935. A mediados de mayo de 1936 lo vemos destinado en Guadalajara. El 6 de diciembre de 1936 era, junto con su compañero P. Vilumbrales, echado a una hoguera, quedando su cuerpo reducido a cenizas. Tenía diecinueve años.

Comunidad de Alcorisa (Teruel)

P. Fortunato Velasco Tobar Edad: 30 años

Nació en Tardajos (Burgos) el 1 de junio de 1906. Fue ordenado sacerdote el 11 de octubre de 1931. Trabajó como educador y formador en los seminarios apostólicos de los misioneros paúles de Murguía (Álava), Teruel y finalmente, Alcorisa (Teruel), donde dio testimonio de fe y amor a Jesucristo y a su Iglesia, derramando su sangre el 24 de agosto de 1936.

P. Leoncio Pérez Nebreda Edad: 41 años

Nació el 18 de marzo de 1895 en Villarmentero (Burgos). Recibió la ordenación sacerdotal el 10 de agosto de 1921, tras haber cursado con nota sobresaliente las asignaturas de la carrera eclesiástica. Su primer destino fue el seminario vicenciano de Teruel (1921-1935). De Teruel, ligero de equipaje, fue enviado a Alcorisa (Teruel). En Oliete, cerca de Alcorisa, murió traicionado y apedreado, como San Esteban, el 2 de agosto de 1936. Al día siguiente, el homicida se jactaba en el pueblo de haber visto caer "*un pájaro gordo*".

Hno. Luis Aguirre Bilbao Edad: 22 años

Nació el 19 de agosto de 1914 en Munguía (Vizcaya). Ingresó en la Congregación fundada por San Vicente de Paúl, como hermano coadjutor, el 29 de junio de 1931 y emite los votos perpetuos el 30 de junio de 1933. Destinado a Alcorisa (Teruel), se dedica a los trabajos materiales, propios de un hermano de comunidad. Estallada la persecución religiosa en España, decide libremente quedarse en el seminario hasta que fue detenido y encarcelado. Muere tiroteado de rodillas y con los brazos en cruz, diciendo ¡*Viva Cristo Rey!*! Era el 29 de julio de 1936.

Comunidad de Oviedo

P. Tomás Pallarés Ibáñez Edad: 46 años

Nació en La Iglesuela del Cid (Teruel) el 6 de marzo de 1890. Fue ordenado sacerdote el 29 de agosto de 1915. Su primer destino fue Tenerife (1915-1923), y el último, el seminario de Oviedo, en 1930. El 13 de octubre de 1934 expiraba, dando testimonio de fe y amor.

Hno. Salustiano González Crespo Edad: 65 años

Nació en Tapia de la Ribera (León), el 1 de mayo de 1871. Ingresa en la Congregación de San Vicente de Paúl el 28 de octubre de 1894. El 29 de octubre de 1896 se presenta en Ávila, de donde va a Valdemoro (Madrid), La Laguna (Tenerife), Santa Cruz de Tenerife, Cuenca, y finalmente Oviedo, donde dio muestras de amor entrañable a los pobres y a los niños. Murió dando testimonio de fe y amor el 13 de octubre de 1934.

Comunidad de Seo de Urgel

P. Antonio Carmanís y Mercader Edad: 76 años

Nació en Rialp (Lérida) el 17 de abril de 1860. Dotado de una inteligencia extraordinaria, ingresó en el seminario diocesano de Seo de Urgel, en 1872, pero en 1879 pide ingresar en la Congregación de la Misión. Recibió la ordenación sacerdotal en 1885. Recorre luego Palma de Mallorca, Barcelona, Rialp, ejercitándose en distintos campos apostólicos. Tras un largo y penoso martirio, murió con una descarga de pólvora en Llavorsí, el 17 de agosto de 1936, perdonando de corazón a cuantos le cortaban el hilo de esta vida.

Comunidad de Gijón

P. Amado García Sánchez Edad: 33 años

Nació en Moscardón (Teruel) el 29 de abril de 1903. Recibe el sacerdocio el 2 de mayo de 1926. El mismo año se dirige a la Casa Misión de Ávila; de aquí salta a Granada, y Gijón, en 1929. Expiraba, dando testimonio de fe, el 24 de octubre de 1936, víspera de Cristo Rey.

P. Andrés Avelino Gutiérrez Moral Edad: 50 años

Nació en Salazar de Amaya (Burgos) el 12 de noviembre de 1886. Recibe el sacerdocio en octubre de 1911. De Limpias, su primer destino, es enviado a Tardajos en 1917. El pueblo sencillo le llamará P. Tareas. Pasa en 1930 a Orense. En 1933, es trasladado a Gijón. Aquí da testimonio de fe con muerte cruel el 3 de agosto de 1936.

P. Ricardo Atanes Castro Edad: 61 años

Nació en Cualedro (Orense) el 5 de agosto de 1875. Ordenado sacerdote de la Misión el 27 de mayo de 1899, va destinado a Mérida de

Yucatán (México), hasta que en 1914 se dirige a Fort Wort, Texas. En 1924, recibe el destino de Orense (España) y en 1935 el de Gijón. El 14 de agosto de 1936, muere en Gijón dando testimonio de fe y amor.

P. Pelayo José Granado Prieto Edad: 41 años

Nació en Santa María de los Llanos (Cuenca) el 30 de julio de 1895. Recibe la ordenación sacerdotal el 25 de mayo de 1923. Evangeliza a los pobres, comenzando por Écija (Sevilla), desde donde pasa a Granada en 1927 y, a Pagés del Corro, Sevilla, en 1929; en 1932, lo vemos en Badajoz y, finalmente, en Gijón en 1936. Muere cruentamente el 27 de agosto de 1936

Testimonio de los mártires

Los 14 Padres Paúles y las 28 Hijas de la Caridad fueron de los 42 miembros de la Familia Vicenciana que murieron en la persecución religiosa de los años treinta han sido, son y serán una fuerza viva de fe cristiana en la Congregación y en la Iglesia, vivida hasta el extremo en el amor. Todos ellos serán reconocidos en la historia de la Iglesia española como testigos singulares de Dios, distinguidos por el Amor en su vida, entregados totalmente a Dios por las causas más nobles, como son: las del triunfo del amor sobre el odio, la del perdón sobre la venganza, la de la paz sobre la guerra. Tuvieron mucho valor para sufrir, y mucho más amor para encontrar la verdad la verdad de la persona humana y dignidad más alta, su realización más auténtica, su libertad más genuina, amplia y plena para sellar su testimonio de fe con su sangre derramada para el amor y perdón.

Cardenal Ángel Amato en su homilía nos da el mensaje que nos ofrecen los mártires antiguos y modernos:

“Nos dejan un doble mensaje. Ante todo nos invitan a perdonar. El Papa Francisco recientemente nos ha recordado que ‘¡el gozo de Dios es perdonar!... ¡Aquí está todo el Evangelio, todo el Cristianismo! No es sentimiento’. Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del ‘cáncer’ que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Sólo el amor colma los vicios, la vorágine negativa que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto, y este es el gozo de Dios”.

Padres y Hermanas, fueron de los miembros de la Familia Vicenciana siguiendo el consejo de San Vicente, consideraron el martirio como una gracia, y fortificados por ella, realizaron el acto supremo de convicción en una fe viva y firme. No se conoce que hubiese ningún caso de apostasía, ni la más mínima duda de su fe en Dios al momento de la ejecución. Nada ni nadie puede mostrar más amor por algo que morir por su causa.

Testimonio vivo de todo lo que exponemos aquí es lo que Sor Ángeles Infante y Sor Lucrecia Diéz exponen al relatar la muerte de la Beata Sor Martina, Hija de la Caridad, a quien define como una mujer de hierro, creativa al 100%. Ante su muerte mostró también su audacia y creatividad, consiguiendo salvar la vida de nueve compañeras. Empezó con una petición a los captores: “Estas mujeres saben curar. Habéis puesto en Segorbe un hospital de sangre. Si las ponéis una bata de enfermera, harán una gran tarea. No las matéis”, les dijo a sus captores, que le hicieron caso.

Su testimonio fue fuerte hasta el final, pues cuando la van a fusilar – lo hizo un joven a quien ella había recogido de la calle – y le quiere tapar los ojos, se niega. “Hijo mío, tu no me tapas los ojos. Cristo murió de frente perdonando a los que lo crucificaban. Yo quiero morir igual. Te perdono porque no sabes lo que haces, eres un mandado. Me abres las puertas del cielo, pero deja que muera con los ojos abiertos y sin tapar”. Invocó a la Virgen Milagrosa con la jaculatoria Oh María sin pecado concebida... y confesó su fe con un ‘Viva Cristo Rey’. Así murió Sor Martina.

Pero para conseguir lo que ellos consiguieron hay que estar bien cargados de valores espirituales, valores que no se adquieren de la noche a la mañana en una vida ligera y liviana. Por eso nosotros, hermanos y hermanas en el carisma vicenciano, hemos de aprender de la vida de estos mártires, dónde y cómo podemos cargar las pilas con alta tensión de energía que nos impulse a realizar el salto tremendo del martirio, y ser fieles como ellos y ellas lo fueron al consejo que San Vicente nos ha dejado cuando hablando del martirio a los misioneros les decía:

“Quiera Dios que todos los que vengan a la compañía acudan con el pensamiento del martirio, con el deseo de sufrir en ella el martirio y de consagrarse por entero al servicio de Dios, tanto en los países lejanos como aquí, en cualquier lugar donde él quiera servirse de esta pobre y pequeña compañía! Si, con el pensamiento del martirio, deberíamos pedirle muchas veces a Dios esta gracia y esta disposición, de estar dispuestos a exponer nuestras vidas por su gloria y por la salvación del prójimo” (San Vicente de Paúl a los misioneros, XI 258-259).

El P. Fortunato Velasco tenía bien asimilado este texto de San Vicente en su vida interior. Deseaba el martirio con ansiedad y le daba pena el pensar que Dios no le concediese esa gracia. Así lo mostró cuando le concedieron un mes de libertad provisional aunque vigilada; fue un mes de alta tensión. Obtenido el perdón se limitó a decir con algo de disgusto: *no he recibido el martirio porque no he sido encontrado digno de esta gracia*. Vuelto a la cárcel y horas antes de su ejecución, escribió la carta siguiente al seminarista Manuel Herranz que llegaría después a ser misionero Paúl: “Te escribo desde la prisión para comu-

nicarte alguna cosilla... He estado toda la noche en la cárcel, y esta mañana he salido a declarar. A nosotros nos echan la culpa de todo el movimiento; por tanto estoy esperando me fusilen de un momento a otro. Ruega por mí... Moriré mártir en defensa de la fe... Yo me he ofrecido a Dios para que se haga su santa voluntad”.

En el relato de sus vidas encontramos que todos ellos fueron hombres y mujeres de fe y oración profundamente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Santísima Virgen; por ello, mientras les fue posible, incluso en el cautiverio y a escondidas, participaban en la en la celebración de la Eucaristía, comulgaban e invocaban a María con el rezo del rosario; fueron apóstoles hasta la última hora y fueron valientes cuando tuvieron que confesar su condición de creyentes; disponibles para confortar y sostener a sus compañeros de prisión; rechazaron las propuestas que significaban minusvalorar y renunciar a su identidad cristiana; fueron fuertes cuando eran maltratados y torturados; perdonaron a sus verdugos y rezaron por ellos; a la hora del sacrificio, mostraron serenidad y profunda paz, alabando a Dios y proclamando a Cristo como el único Señor.